

El escándalo patriotero

El 15 de septiembre se conmemora la independencia política de España. Pero, más allá del oropel azul y blanco, eso no significa de ninguna manera que septiembre sea el mes de la independencia, como se maneja comúnmente. La independencia se celebra sólo en un país independiente, y en nuestro caso afirmar que lo somos es retóricamente cuestionable.

Una cosa es que el 15 de septiembre de 1821 se firmó el Acta de Independencia que, más allá de los motivos e intereses que animaron a los "próceres", significó romper la dependencia política de España. Pero, ante nuestra evidente incapacidad para mantener tan preciado legado, en lugar de celebrar la fecha con el escándalo acostumbrado deberíamos avergonzarnos.

En las condiciones que se encuentra El Salvador, sería más pertinente realizar marchas de silencio en todo el territorio, para reflexionar sobre lo que significa ser un pueblo económica, social, política y culturalmente dependiente.

La marcha, empero, no debería concluir frente a la Embajada Americana, sino en la Asamblea Legislativa, de tal suerte que podamos exigir a los "padres de la patria" que eliminen de nuestras efemérides el 15 de septiembre, por lo menos mientras reconquistamos la independencia. Al fin y al cabo esa tarea corresponde también a los ilustres legisladores, al menos en lo referente a la aprobación de empréstitos que hipotecan el futuro del país.

Claro, la propuesta no sería del agrado de los gobernantes, —ni de los patrioteros, es decir, aquellos que usan y abusan de la patria, como si fuera de su exclusiva propiedad— ya que la mejor

forma de ocultar lo que no se tiene es exagerando lo que se tiene, aunque sólo tenga valor en los textos de historia.

El patriotismo y el nacionalismo, los hermanos ricos de la independencia, nunca faltan en los discursos de nuestros gobernantes, que se llenan la boca con la gesta gloriosa de nuestros próceres. Es una especie cómoda, considerando que no tiene ninguna trascendencia en la actualidad amén que oculta nuestra real dependencia.

Si de verdad fuesen patriotas reflexionarían sobre la gravedad de entregar nuestro patrimonio nacional a las empresas transnacionales, atendiendo las recetas del Fondo Monetario Internacional, gendarme financiero de los Estados Unidos, así como sobre la antipatriótica apertura de fronteras al capital extranjero, que tiene carta abierta para acabar con la pequeña y mediana industria nacional. En ese orden de cosas, hasta el tristemente célebre general Martínez, paradigma de algunos areneros, resultaría un ejemplo de vigilante de la soberanía.

Ser independientes es un asunto serio y significa, cuando menos, que ninguna potencia extranjera pueda inmiscuirse en los asuntos políticos internos. Luego, qué tipo de independencia podemos argüir, si los políticos, fuera y dentro del poder, buscan siempre el beneplácito y la "luz verde" en la Embajada Americana. ¿Por qué las decisiones políticas trascendentes tienen que ser consultadas con el Embajador? ¿Acaso esa conducta, más que una negación, no representa una emulación de la dependencia política del siglo XVII? La onnipotente y omnipotente presencia del procónsul yanqui nos convierte en poco menos que en una

colonia del imperio. Precisamente por eso, por nuestra condición de ápices del imperialismo, algunos pensamos que septiembre, más que ser el mes de la independencia, debería ser *el mes del anti-imperialismo*, como lo fue en el pasado. Las cosas no han cambiado o, en todo caso, sólo se produjo una transformación, de país dependiente pasamos a tener una originaria actitud de dependencia. Es como si nos hubiésemos resignado ante la impotencia y la frustración de no poder cambiar la realidad.

Ser independientes, repito, es un asunto serio y significa, cuando menos, poder mandar acerca de nuestra política económica. ¿Qué, tenemos esa capacidad? Si no dependemos de nadie, ¿por qué aceptamos sin discusión "las recomendaciones" del Fondo Monetario Internacional, del Banco Mundial, del Banco Interamericano de Desarrollo y de la Agencia Internacional para el Desarrollo? Se podría argumentar —con mucha solemnidad— que en los tiempos actuales priva, ya no la independencia, sino la interdependencia. Pero, aún así, ¿por qué no exigimos a nuestro principal socio comercial que pague mejores precios por nuestros productos y le baje un poco a los suyos? ¿Por qué existe la ley Helms-Burton?

Ser independientes, reitero, es un asunto serio y significa, al menos, poder preservar nuestra identidad cultural. ¿Tenemos capacidad de preservarla o seremos completamente asimilados por la incultura gringa? El lenguaje es un elemento cultural importante, pero nosotros preferimos usar: *drugstore*, *car wash*, *shopping center*, *prima rate*, *notebook*, *steack house*, *Lalo's Shop* y *star mart*. Ya no vamos de paseo, sino de *camping*, nos llenamos el estómago con *rapid food*, cantamos *happy birthday* y los jóvenes hacen *grafiti*, se pintan tatuajes y son de las maras. Decenas de emisoras sólo transmiten música en inglés, mientras las radios comunitarias son condenadas al silencio y los doctos profesores de Harvard diseñan para nosotros la educación que exige el Imperio.

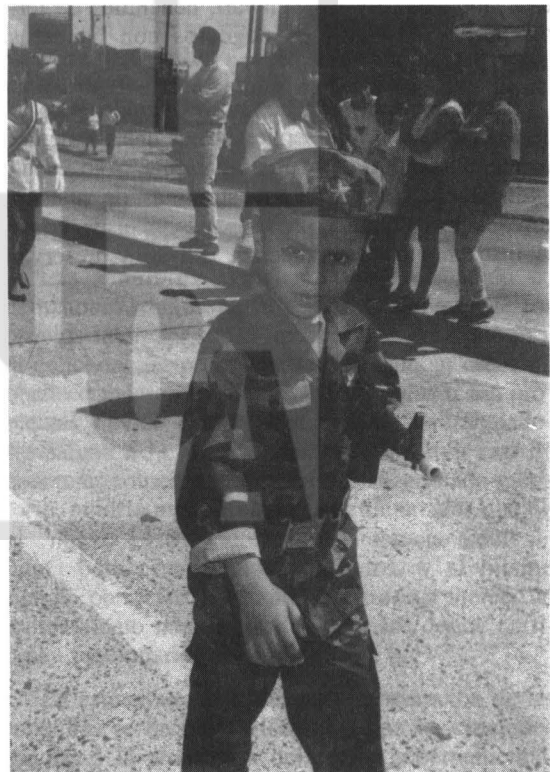
La existencia del Imperio no es una cuestión ideológica, ni una fantasía. La vivencia —o supervivencia— del Imperio no se reduce a que tengamos como vecinos a los *marines*. Ellos no son necesarios en repúblicas como las nuestras, donde, a la vieja usanza de los campos de concentración nazi, los alemanes usaban a los judíos para vigilar a los de su misma raza. Los muchachos de las barras y las estrellas ahora son más exclusivos,

y sólo hacen sentir la fuerza del Imperio cuando un gobierno desobedece a sus dictados (léase República Dominicana, Panamá, Nicaragua, Cuba, Colombia, Iraq y un largo etcétera).

Pero ajenos a la verdad, los salvadoreños, al igual que otros muchos otros pueblos surrealistas, seguimos celebrando la "independencia" patria. Está bien que lo haga Cuba, único pueblo latino que ha ganado ese derecho, pero nosotros, los centroamericanos, somos tan ridículos que hasta tenemos un *halloween* y celebramos con pavo el día de acción de gracias.

La independencia de España, siendo realistas, pudo incidir en las condiciones de vida de los indígenas... pudo. El lugar de los españoles fue ocupado por los criollos, que mantuvieron en sojuzgamiento a los indígenas.

Y, en el colmo del drama, el dominio y la independencia criolla fue efímera, tanto como el auge del añil en el mercado internacional. Luego vino la dependencia de las bananeras en los países de la cuenca del Caribe y de los cafetaleros en nuestro país, el ascenso de los mestizos y, poco a



poco, la aparición de los apellidos exóticos. Y desde entonces la independencia se convirtió en fantasía, ante la presencia imperialista de los Estados Unidos, para quienes sólo fuimos —y somos— un patio trasero.

Y la independencia se hizo cosa de escolares fatigados que luciendo uniformes nuevos marchan sin saber por qué, al son de bandas estridentes, acompañados de militares mal encarados que marcan el paso a los muchachos, como si fuesen reclutas de un destacamento militar. ¡Quién sabe por qué las festividades cívicas son asociadas con los militares, como si la Patria fuese patrimonio de ellos!

Aparecen las banderas, como si se tratara de un partido de fútbol de la selección. Mientras, los padres de los estudiantes maldicen la llegada de un nuevo septiembre, el mes del desequilibrio en el presupuesto familiar: uniforme nuevo y de gala, zapatos nuevos y, si se tiene la desgracia de que el cipote sea abanderado, empeñar hasta el televisor.

Claro, para los comerciantes septiembre es un mes importante. Y los Freund, los Simán, los Boet, los de Sola, los Zablah, los Touché, los Salume, los Moore y los Schwart, henchidos de fervor patrio, adornan sus negocios con banderas azul y blanco.

Puede ser que a muchos no les agrade, pero lo cierto es que el 15 de septiembre es una efeméride sin ningún sentido de realidad presente. Sólo puede entenderse como una muestra más de nuestro surrealismo cultural o, para ser más precisos, como un instrumento de alienación, útil para preservar

nuestra dominación política, económica y cultural.

Que los símbolos patrios son cosa importante, que tener una patria es cosa necesaria, que tener una identidad cultural es necesario, eso es irrefutable. Lo que nos causa problema es la pretensión de estimular el fervor cívico a partir de una falacia, y no una falacia histórica —ya que hace 175 años nos independizamos de España— sino, más grave aún, una falacia presente.

Tenemos un himno, una bandera y un escudo propios. Pero tener símbolos patrios no significa, necesariamente, que seamos un pueblo independiente. Que cada cierto tiempo participemos en elecciones y elijamos a nuestros gobernantes no indica, de suyo, que seamos un país independiente.

Todo país independiente participa, o debería hacerlo, en el concierto de naciones, con derecho a voz y voto.

Pregunto, y si somos independientes ¿por qué no hacemos una política exterior independiente?, ¿por qué siempre nos alineamos con las posturas yanquis?

Y acto seguido me respondo, porque dependemos de sus préstamos, de su ayuda militar, de su comercio, de sus inversiones, de su tecnología, de su mercado, de su moneda, de sus donaciones, de sus agencias, de sus asesores, de sus intereses geopolíticos, de su ideología, de su política exterior, de su embajador, de su.... ¡vaya si que somos independientes!

Aquiles Montoya